

LA FORJA DE UN REBELDE, DE ARTURA BAREA

Capítulo VIII - Desastre

Son las tres de la tarde y aún estamos esperando la orden de avanzar y empezar la tarea de fortificar. Al amanecer, las columnas nuestras se volcaron en el valle de Beni-Arós como un ejército de hormigas emigrantes: nosotros, la columna de Ben-Kerrick, desde el norte, la columna de Larache desde el oeste. Los dos ejércitos convergen ahora hacia el centro del valle y podemos ver las chozas de Zoco-el-Jemis de Beni-Arós, uno de los mercados más importantes de toda la zona. Las posiciones de la zona francesa cierran el valle al sur, los montes del yébel Alam y una columna de apoyo estacionada en Xauen cierran el este. Las fuerzas del Raisuni están entrampilladas por los cuatro costados y su única salida es a través de la frontera francesa o la huida a las alturas del yébel Alam.

Los moros se defienden furiosamente detrás de cada piedra y de cada mata. Los ataques de nuestra vanguardia, los Regulares y el Tercio, se estrellan contra un enemigo impalpable que se encuentra en todas partes. Ahora la caballería mora nos desafía. Contemplamos la carga de la caballería nuestra contra los jinetes moros que galopan en retirada a través de la pradera del Zoco, arrastrando a sus perseguidores al sitio donde sus tiradores están emboscados tras las piedras. Vemos a nuestra caballería romper sus filas y retirarse. Alguien debe haber dado la orden de cañonear las guerrillas enemigas, porque las granadas están cayendo exactamente sobre nuestros jinetes. Los heliógrafos están lanzando llamaradas de sol en todas direcciones. Seguro que enfrente de nosotros, a diez kilómetros de distancia, los franceses están contemplando, como nosotros, el espectáculo que se desarolla a sus pies.

El día es tan hermoso, la luz tan violenta en el cielo limpio de nubes, la tierra tan rica de verde de hierba y árbol, y los hombres en el campo de batalla tan diminutos, que se pierde toda idea de guerra y se cree estar asistiendo a una función de teatro sobre un escenario colosal. El tableteo de las ametralladoras y los estampidos de los cañones; el aeroplano solitario que ha volado tranquilo sobre la cuenca del valle y ha dejado caer tres bombas sobre la casita blanca, diminuta desde aquí, envolviéndola en algodón; las figurillas que surgen de pronto imprevistas, corren y a veces se desploman: todo es artificial y falso contra el fondo de estos campos verdes bajo este sol.

Hace mucho tiempo que hemos comido un rancho frío. Llevamos horas aquí en el refugio de la ladera del cerro, esperando que llegue nuestro turno. Los muchachos cabecean su sueño; muchos se han tendido a lo largo sobre la tierra y dormitan, aburridos del espectáculo de una lucha aún no resuelta, cuyas escenas se repiten monótonas hora tras hora. Al fin, el capitán del Estado Mayor llega a galope y comenzamos la marcha, ahora con gran prisa, subiendo y bajando cerros. Los mulos tropiezan a veces y los conductores blasfeman, más por mantenerse despiertos que por la rabia que les causa la cincha floja colgando a un lado la carga, que golpea las patas del mulo.

Nos tomó una hora llegar a nuestro destino, un cerro asomando la nariz sobre el valle, sobre el cual tenemos que montar un blocao. El Tercio está luchando en la misma cima del cerro, pero esto no hace diferencia alguna. Tenemos que terminar y marcharnos antes de que caiga la noche y el blocao tiene que estar construido para entonces, cueste lo que cueste.

En el lado descubierto del cerro, nuestros muchachos cavan a toda prisa y llenan sacos terreros. Las piezas de madera numeradas que son el blocao yacen sobre la tierra en haces ordenados para que el rompecabezas pueda armarse sin dificultad. Los rollos de alambre de espino se desatan y sus extremos libres restallan como látigos con zarpas.

Lo primero que ha de hacerse es levantar un parapeto frente al enemigo; de otra manera, no se podría trabajar. Los hombres se arrastran a la cima del cerro empujando los sacos terreros llenos enfrente de su cabeza; pero cuando llegan a la cima, quedan al descubierto y ponen los sacos en línea llevándolos como si fueran niños dormidos, corriendo a gatas después, más rápidos que lagartos asustados, mientras las balas silban sobre sus cabezas o se estrellan en la tierra o en los sacos repletos con un golpeteo sordo. El enemigo está concentrando su fuego sobre la cresta del cerro. Y los legionarios dispersos, que tropiezan con los sacos y con nuestros pies, nos insultan furiosos. Pero cuando el parapeto comienza a elevarse, lo usan como protección. El golpeteo de las balas sobre la tierra de los sacos suena ahora como goterones de lluvia de tormenta sobre las losas de un claustro; por encima de nuestras cabezas las balas silban como abejas rabiosas. El esqueleto de madera del blocao se va elevando y el sol le va arrancando la esencia de pino recién aserrado y llenando el aire con su olor.

Hay una pausa. Los moros saben lo que va a ocurrir y están esperando sin prisa. Nosotros lo sabemos también. Sabemos que están apuntando cuidadosamente al tejado no existente aún del blocao, esperando que surjamos allí con la hoja de chapa acanalada a cuestas, una silueta limpia contra la hoja de metal brillante al sol, contra la armadura de madera, contra la línea del cerro y el fondo del cielo.

Estas hojas de chapa están ahora a nuestros pies como libros monstruosos con sus hojas rizadas. Tenemos miedo de abrirlas; miedo de encontrar escrito nuestro destino en una de ellas, en una escritura ondulada como una serpiente extendida a lo largo de los folios.

La historia cuenta millares de hechos heroicos en el calor de la batalla: el guerrero o el soldado corta, raja, pincha, aplasta cráneos con su maza o con la culata de su fusil y entra en las páginas de la historia. Aquí no pasa nada de eso.

Nosotros no luchamos, ni aun casi vemos al enemigo. Cogemos una hoja de chapa medio metro de ancha y dos de larga; trepamos por una escalera conservando el equilibrio; colocamos la chapa en un ángulo de 45°, y mientras el sol se refleja en nuestros ojos clavamos clavos a través de los cuatro bordes de la chapa, uno a uno, con cuidado de no martillarnos un dedo. Mientras tanto, diez, veinte o cien pares de ojos detrás de la mira de sus fusiles apuntan fríamente al muñeco que se destaca en negro sobre el espejo del metal brillante. Las balas abren agujeros de bordes cortantes en el metal, a veces en la carne y en los huesos. El orificio por donde una bala entra en el cuerpo es pequeñito, por donde sale es un boquete de bordes sanguinolentos, fibrosos de piltrafas de carne y pingajos de tela desgarrados por el metal.

Se ha terminado y se alza ya el blocao, pero aún ha de montarse la alambrada. En grupos de cinco, nuestros muchachos saltan el parapeto. Uno lleva los piquetes y los pone verticales sobre la tierra, mientras otro martillea rápido, hundiéndolos; un tercero desenrolla el alambre de púas, que le muerde y le araña las manos, de un carrete que un cuarto sostiene. Y el quinto sujetá el alambre a las estacas clavando de prisa horquillas de acero. Trabajan bajo una lluvia de plomo.

Hacia las siete hemos terminado. Tenemos tres muertos y nueve heridos. Un blocao más se alza sobre el valle de Beni-Arós. Recibimos la orden de retirarnos. Van cayendo las sombras y tenemos aún que recorrer veinte kilómetros antes de llegar a la base. Dos horas más tarde la compañía de Ingenieros marchaba aún a través de los campos oscurecidos. Los ruidos de la batalla habían cesado ya hacía tiempo tras nosotros.

¿Qué en qué pensamos? En la guerra los hombres se salvan por el hecho de que son incapaces de pensar. En la lucha, el hombre retrocede a sus orígenes y se convierte en animal de rebaño sin más instinto que el de autopreservación. Músculos que nadie usó por siglos resucitan. Las orejas se enderezan al silbido de un proyectil próximo; el vello se eriza en el momento exacto;

se salta de lado como un mono o se tira uno de bruces en la única arruga de la tierra, justo a tiempo para evitar la bala que no se ha visto ni se ha oído. Pero ¿pensar? No. No se piensa. Durante estas retiradas en las cuales un hombre marcha tras otro como un sonámbulo, los nervios van calmándose poco a poco. Al fin no existe más que el ritmo pesado de los pies -iy cómo pesan!-, el de las manos colgantes penduleando autómatas a tiempo con vuestros pies, y el del palpititar de un corazón que escucháis dentro de vosotros mismos y que marcha en ritmo con el corazón del hombre que va delante de vosotros, al cual no oías porque vuestro corazón hace demasiado ruido. Beber y dormir. Beber y dormir. El cerebro se os llena de un deseo de beber, de un deseo de dormir. En la oscuridad, sed y sueño cabalgan sobre el cuello de cien soldados en marcha, en cien cerebros vacíos.

A medianoche era claro que habíamos perdido nuestro camino. Nos encontrábamos al pie de las montañas, sombras inmensas bajo un cielo estrellado. ¿Dónde estábamos? Se mandó alto y el capitán consultó con los sargentos. No teníamos ni una lámpara, ni un plano, ni una brújula. Delante de nosotros, la pared de piedra de la montaña; detrás, los campos oscuros con aullidos de perros y hienas en la distancia. Decidimos trepar montaña arriba; desde la cima podríamos ver una luz, un punto que nos guiaría. Y comenzamos el ascenso, tropezando en la oscuridad, las cabezas sobre el pecho, como peregrinos, pero mascullando blasfemias.

Desde la cima divisamos una luz, dos, y muy lejos un centelleo blanco guiñándonos rítmico. La montaña se precipitaba vertical ante nosotros. Acordamos acampar y esperar la luz del día que no tardaría más de un par de horas. Improvisamos un parapeto usando las cargas de los mulos y los mismos mulos. En su recinto encendimos fuegos, pusimos centinelas y dormimos todos, hombres y bestias, apretándonos unos contra otros, asustados como niños perdidos.

Al amanecer vimos frente a nosotros el mar. El sol se tendía en arrugas de oro y plata deslumbrantes sobre un campo inmenso de olas verdes empenachadas de lunas. Debajo, a nuestros pies, estaba Rio Martín.

Nunca sabremos cuántos kilómetros recorrimos aquella noche. Teníamos los pies hinchados y todos los músculos entumecidos. Hubo que prolongar el descanso hasta mediodía para poder comenzar nuestro descenso a Rio Martín.

Fue allí, mientras el capitán esperaba que el telefonista le pusiera en comunicación con el cuartel general, donde tuve el primer pensamiento consciente -inconscientemente me había hormigueado toda la noche en el cráneo- de que ¡no teníamos ni una brújula, ni una lámpara, ni un mapa! Las unidades del ejército español en Marruecos iban a la batalla sin medio alguno de orientación. Se mandaba a los hombres al frente, y se dejaba a su instinto el averiguar hacia dónde avanzar y sobre todo como regresar a sus bases; y unidad tras unidad se perdían en la noche. De repente entendí aquellas trágicas retiradas de Marruecos, donde después de una operación victoriosa, los hombres morían a cientos en emboscadas. Dos días más tarde recibíamos la orden de marchar a Xauen, ochenta kilómetros al este. íbamos a reunirnos a la columna que cerraba la salida del valle de Beni-Arós y de las laderas del yébel Alam.

Xauen es una ciudad infinitamente vieja en una garganta estrangulada por montañas. Se la ve únicamente cuando se entra en la misma garganta. La ciudad se presenta de golpe como una sorpresa. No es una ciudad árabe, sino un pueblo de las sierras andaluzas con tejados de rojas tejas en ángulo agudo sobre los muros de sus casas enjalbegadas, tejados sobre los cuales la nieve se escurre en invierno. Los moros llaman a Xauen la Ciudad Sagrada, y la Misteriosa. Cuando se ve la ciudad encerrada entre sus paredes de granito se comprende por qué fue inconquistable durante siglos. Un puñado de hombres, distribuidos en los picos que la rodean, a pedradas pueden cerrar el paso a un invasor. Las calles de Xauen, estrechas, empinadas y retorcidas, eran un laberinto. En el principio de nuestra ocupación, no era raro que un soldado

español fuera atravesado por una gumía sin que se supiera de dónde había surgido el golpe. El barrio hebreo era una fortaleza cerrada por rejas de hierro, que se abrieron de par en par por primera vez en centurias cuando los españoles ocuparon la ciudad. Dentro de un recinto - gruesas paredes, puertas estrechas, troneras por ventanas-, todavía se hablaba español, un español arcaico del siglo XVI. Y unos pocos de los judíos aún escribían este castellano mohoso en letras anticuadas, todas curvas y arabescos, que convertían un pliego de papel recién escrito en un viejo pergamo.

(...)

Cuando nos encontrábamos allí, en medio de tal mezcolanza de razas y de odios, ancestrales y modernos, en tal mezcla de religiones rivales -nuestro altar en el campamento general, el muecín cantando las glorias de Alá y los judíos deslizándose en silencio en su sinagoga, las manos cruzadas y escondidas en las bocamangas de sus caftanes-, era para mí como si la España medieval hubiera resucitado y estuviera ante mis ojos. Si no me causaba asombro alguno el ver a un guerrero árabe jinete en su caballo, con una guadrapa de seda y espuelas de plata maciza, tampoco me hubiera causado asombro el ver un guerrero forrado de hierro con la noche cruz de los cruzados esmaltada en su escudo.

Estábamos descansando en el campamento general, reorganizándonos para las operaciones inmediatas. Como siempre, los comentarios y las conjeturas corrían de boca en boca, de tienda en tienda y de cantina en cantina. Manzanares vino a mí con aire de misterio:

-Pasa algo grande.

-¿Qué pasa?

-¡Yo qué sé! Pero todos los oficiales del Estado Mayor andan corriendo de la tienda del general a la de todos los comandantes y el teléfono está funcionando sin parar con Tetuán y con Ceuta. Uno de los ordenanzas del coronel Serrano ha dicho que los moros han cogido Ceuta y que nos han cortado; y que van a venir a hacernos trizas.

A la caída de la tarde de aquel día -debía ser el 11 o 12 de julio de 1921-, los cornetines tocaron llamada general y todos los jefes de todas las unidades se fueron reuniendo ante la puerta de la tienda del comandante general. Antes del amanecer emprendíamos la marcha hacia Tetuán, con la excepción de una guarnición reducida que se quedó en Xauen.

Los kilómetros se fueron sucediendo uno a otro. La marcha continua y el sol de julio apagaba nuestra sed de noticias y de comentarios. A mediodía, el alto por el cual todos suspirábamos no llegó; seguimos sin descanso en una marcha forzada. Algunos de los hombres no podían más y comenzaban a quedarse rezagados. Cuando el primero de nuestra compañía cayó, el capitán me dio una orden seca:

-Si no puede seguir, que se quede y se las arregle como pueda.

A las diez de la noche entrábamos en Tetuán. Caímos dormidos sobre las losas de piedra del cuartel, sin tiempo ni aun para quitarnos el correaje. Al amanecer marchábamos a Ceuta; allí, sin descanso, a bordo de un barco. En Ceuta supimos lo que pasaba: los moros habían matado a toda la guarnición de Melilla y estaban a las puertas de la ciudad.

Los libros de historia lo llaman el Desastre de Melilla o la Derrota española de 1921; dan lo que se llama los hechos históricos. No sé nada de ellos, con excepción de lo que leí después en estos libros. Lo que yo conozco es parte de la historia nunca escrita, que creó una tradición en las masas del pueblo, infinitamente más poderosa que la tradición oficial. Los periódicos que yo leí

mucho más tarde describían una columna de socorro que había embarcado en el puerto de Ceuta, llena de fervor patriótico, para liberar Melilla.

Todo lo que yo conozco es que unos pocos miles de hombres exhaustos embarcaron en Ceuta con destino desconocido, agotados hasta el límite de su resistencia después de cien kilómetros de marcha a través de Marruecos, bajo un sol asfixiante, mal vestidos, mal equipados y peor comidos. Tan pronto como el barco dejó el puerto, comenzaron a marearse y a ensuciar la cubierta del buque. Comenzaron a blasfemar y a hacer lo que les vino en gana, jugar o emborracharse, peleándose en su borrachera por las incidencias del juego: cantar y chillar, burlarse de los que vomitaban, reírse del coronel tripudo con la cara verdosa y el uniforme salpicado de comida a medio digerir. El barco era un infierno. Y Melilla era una ciudad sitiada.

Muchos años después aprendí lo que significa vivir en una ciudad sitiada, bajo la amenaza constante de la entrada del enemigo que se ha prometido a sí mismo botín, vidas y carne fresca de mujer. Las gentes en las calles pasan de prisa, porque nadie sale de su casa sin un motivo urgente. Los servicios públicos no existen; el teléfono no funciona, las cañerías revientan, no hay carbón, la luz se apaga de pronto, los zapatos se agujerean y las zapaterías están cerradas o vacías; los que no cayeron enfermos en diez años se sienten graves de pronto y hay que buscar al doctor cuando caen las granadas; las calles están oscuras en la noche y el peligro escondido tras cada esquina.

En la Melilla sitiada, un barco panzudo volcó estos miles de hombres mareados, borrachos, agotados de cansancio, que iban a ser sus liberadores. Establecimos un campamento, no sé dónde. Oímos cañonazos, tableteos de ametralladora, disparos de fusil en alguna parte fuera de la ciudad. Invadimos los cafés y las tabernas; nos emborrachamos y asaltamos las casas de putas. Putas y taberneros son imprescindibles en la guerra. Provocábamos a los habitantes asustados: «Ahora vais a ver lo que son cojones. ¡Mañana no queda un moro vivo!». Los moros habían desaparecido de las calles de Melilla; cuando el barco había atracado en el muelle, un legionario había cortado las orejas de uno de ellos y las autoridades habían ordenado a todos los moros no salir de sus casas. A la mañana siguiente marchamos hacia las afueras de la ciudad: íbamos a romper el cerco y comenzar la reconquista de la zona.

Durante los primeros pocos días, nosotros, los ingenieros, construimos posiciones nuevas, volviendo cada noche del campamento a la ciudad. Los periódicos estaban llenos de cabeceras gritando horrores que nosotros aún no habíamos encontrado. Así nos fuimos alejando de la ciudad, adentrándonos en el campo abierto, y vimos el horror.

Una gran casa acribillada de balas. La cal blanca saltada de sus paredes mostrando detrás los ladrillos como salpicaduras de sangre. En el patio un caballo muerto, el vientre rajado como por la cornada de un toro furioso, las entrañas azules vivas de moscas y una de sus patas inexistente, cortada por el anca. En las ventanas del primer piso, uno, dos, tres, cinco muertos, un muerto en cada ventana, alguno con un agujero limpio en la frente, caído como una muñeca de la que se ha escapado el aserrín, otros hundidos en el charco de su propia sangre. Cartuchos vacíos rodando por el suelo, sonando a cada paso como cascabeles, haciéndonos escurrir cómicamente delante de los muertos. En los cuartos del piso bajo, huellas sangrientas, huellas de hombres arrastrados por los hombros con la sangre corriendo a lo largo de sus piernas y trazando con los talones dos paralelas vacilantes como tiza roja sobre las losas de piedra.

Y el cuarto del fondo: (...) En el cuarto de atrás había cinco hombres muertos. Estaban empapados en su propia sangre, la cara, las manos, los uniformes, el cabello, las botas. La sangre había hecho charcos en el suelo, manchurrones en las paredes, goterones en el techo, plastrones en cada rincón. Sobre cada sitio limpio, blanqueado, había pintadas manos, manos con cinco, con dos, con un dedo, manos sin dedos, dedos sin manos, aplastados y monstruosos. Una mesa

y unas sillas eran un montón de astillas. Millones de moscas zumbando incesantes, que se emborrachaban en el festín, sobre la huella de un pulgar en la pared, sobre los labios del cadáver del rincón de la izquierda.

Pero no puedo describir el olor. Penetramos en él como se entra en las aguas de un río. Nos sumergimos en él y allí no había ni fondo ni superficie; no había escape. Saturaba los vestidos y la piel, se filtraba a través de la nariz en la garganta y en los pulmones, nos hacía toser, estornudar, vomitar. El olor disolvía nuestra sustancia humana. La empapaba instantáneamente y la convertía en una masa viscosa. Frotarse las manos era frotar dos manos que no eran más de uno, dos manos que parecían pertenecer a un cadáver en corrupción, pegajosas e impregnadas de olor.

Amontonamos los muertos en el patio sobre el caballo, los rociamos de petróleo y prendimos fuego a la pila. Apestaba a carne asada y vomitábamos. Aquel día comenzamos a vomitar y seguimos vomitando días y días incontables.

La lucha en sí era lo menos importante. Las marchas a través de los arenales de Melilla, heraldos del desierto, no importaban; ni la sed y el polvo, ni el agua sucia, escasa y salobre, ni los tiros, ni nuestros propios muertos calientes y flexibles, que poníamos en una camilla y cubríamos con una manta; ni los heridos que se quejaban monótonos o aullaban de dolor. Nada de esto era importante, porque todo había perdido su fuerza y sus proporciones. Pero ¡los otros muertos! Aquellos muertos que íbamos encontrando, después de días bajo el sol de África que vuelve la carne fresca en vivero de gusanos en dos horas; aquellos cuerpos mutilados, momias cuyos vientres explotaron. Sin ojos o sin lengua, sin testículos, violados con estacas de alambrada, las manos atadas con sus propios intestinos, sin cabeza, sin brazos, sin piernas, serrados en dos. ¡Oh, aquellos muertos!

Seguimos quemando cadáveres en montones rociados de petróleo, seguimos luchando en crestas de cerro, en honduras de barranco, seguimos avanzando más y más, durmiendo en el suelo, devorados de piojos, torturados de sed. Construimos nuevos blocaos, llenando miles de sacos terreros, y levantamos en ellos parapetos. No dormíamos: nos moríamos cada día, para resucitar en la mañana siguiente, y en el intervalo vivíamos a través de pesadillas horrendas. Y olíamos. Nos olíamos unos a otros. Olíamos a muerto, a cadáver putrefacto.

Yo no puedo contar la historia de Melilla de julio de 1921. Estuve allí, pero no sé dónde; en alguna parte, en medio de tiros de fusil, cañonazos, rociadas de ametralladora, sudando, gritando, corriendo, durmiendo sobre piedra o sobre arena, pero sobre todo vomitando sin cesar, oliendo a cadáver, encontrando a cada nuevo paso un nuevo muerto, más horrible que todos los vistos hasta el momento antes.

Un día al amanecer regresamos a la ciudad. Estaba llena de soldados y de gentes que ya no estaban sitiadas. Vivían y reían. Se paraban en la calle para hablarse unos a otros, se sentaban en la sombra a beberse su aperitivo. Los limpiabotas se deslizaban entre la multitud de los cafés. Un aeroplano de plaza trazaba curvas graciosas en el aire. La banda de música tocaba un pasodoble alegre en el paseo. Aquella tarde embarcamos.

Volvimos a Tetuán. Después de pasar dos días alocados por la imagen de las cosas vistas, torturados por un estómago fuera de orden, caí en un desmayo de muerte sobre la mesa del sargento de guardia del cuartel de la Alcazaba.